
El tradicionalista

González y la tradición nacional

GREGORIO WEINBERG

NACIDO EN BS. AIRES en 1919. Se graduó en la Universidad Nacional de Bs. Aires, en cuya Facultad de Filosofía y Letras es profesor titular de historia del pensamiento argentino y de historia de la educación argentina. Es director del Centro de Documentación Internacional (UNESCO), cargo que obtuvo por concurso. Ha prologado diversos libros de distinto carácter y traducido muchos otros. Entre los primeros cabe señalar, a modo de ejemplo de esta labor pedagógica que prolonga su acción en la cátedra, el estudio preliminar que el prof. Weinberg redactó para el libro *El pensamiento argentino*, que reúne, bajo tal título dado por los editores (Nova, 1961), tres estudios de Alejandro Korn sobre el desarrollo de las ideas en nuestro país. Es director de la notable colección "El pasado Argentino", formada por obras sustanciales del acervo bibliográfico nacional.

PARA la mejor comprensión de las ideas vertebrales del pensamiento de Joaquín V. González, de capital importancia es desentrañar el sentido que tenía de lo *nacional*, tema de vastedad insospechada, aunque para nuestro caso particular debemos ceñirlo al más restringido de la *tradición nacional*. Sobradamente conocidos son sus datos biográficos esenciales; al caso viene sólo destacar el hecho de que fue hombre del interior (nació en la muy mediterránea provincia de La Rioja, tierra de montañas y valles, poblada de leyendas y habitada por un idioma castizo y vigoroso); de familia de hondo arraigo (plurales generaciones por vía materna y paterna lo sustentaban sobre su suelo natal); y formado también en el interior (sus estudios secundarios y universitarios los realizó en el centro más tradicional de la República, con fuertes reminiscencias hispánicas). No se advierten, por lo demás, en su existencia ni en sus manifestaciones escritas, ese por momentos desmedido afán de viajar y conocer el extranjero y lo extranjero y, muy en especial, algunos países europeos de deci-

siva gravitación sobre nuestras formas de vida, actitud que caracteriza a muchos de sus contemporáneos, deslumbrados casi todos ellos por el enérgico espejismo de las novedades europeas. Debe tomarse en consideración muy especial la circunstancia de que la actividad pública y la obra escrita de González coinciden cronológicamente con uno de los momentos culminantes del impacto inmigratorio, es decir, con la afluencia de cientos de miles de europeos que llegan al país, siguiendo un proceso tan previsible económica y sociológicamente como alentado políticamente, y acerca de cuyo asentamiento e incorporación a la vida nacional poco se preocupaban las autoridades, confiadas siempre en el hecho de que se produciría *naturalmente*: influencia visible de las ideas positivistas, fuertemente coloreadas del biologismo de aquellas décadas. No advirtieron quizá que esa extraordinaria modificación de la estructura poblacional de la Argentina no sólo y únicamente tenía un carácter cuantitativo, esto es, del número de sus habitantes, sino que también modificaría simultánea y cualitativamente la fisonomía del país por cambiar su osatura social y ocupacional; plantearía nuevas necesidades, las que a su vez suscitarían cuestiones originales. Por lo demás, y esto debe ser recordado, se confió en que la educación —de enorme prestigio entonces como panacea universal— podría ser el instrumento eficaz e idóneo para integrar los inmigrantes a la nación, sin percibir al mismo tiempo que muchas de las ideas que estaban articulando la filosofía y la política educacionales, se desentendían en ciertos aspectos de esa problemática y adherían a una concepción harto cosmopolita, vale decir, una concepción cuyas pautas, valoraciones e ideales se teñían de las imágenes de la vida importadas. No parecían comprender —o lo comprendían pocas veces, y asumiéndolo muchas menos— la especificidad del proceso argentino, inasimilable al seguido por las potencias rectoras europeas en fuerte proceso de industrialización, y con las hondas consecuencias que eso les traía aparejado. Aquello que en el Viejo Mundo era auténtico producto del desenvolvimiento, aquí podía ser artificioso y postizo; aquello que allí era resultado de transformaciones decisivas podía ser en nuestro país modernización superficial. La conciencia de que la educación es factor de importancia sustantiva también se dará en González, pero fuera de los formulismos acatados; advierte la necesidad “de la *educación*, educación intrínseca para formar la conciencia social y humana de su propio destino, y educación cívica

EL TRADICIONALISTA

ca y política para afrontar los problemas de su propia vida en su propio asiento territorial".¹

Esa preocupación por lo nacional integra, decíamos, casi todo el pensamiento de Joaquín V. González, y la misma puede ser fácilmente rastreada a lo largo de los muchos millares de páginas que componen los veinticinco volúmenes de sus *Obras Completas*. Mas como no es el nuestro el propósito erudito de hacer un inventario exhaustivo ni un índice detallado y minucioso del tema y sus implicaciones, nos limitaremos a determinados aspectos generales que la cuestión suscita y sugiere.

Desde el libro juvenil, y notable en muchos sentidos, *La tradición nacional* (de 1888) hasta *El juicio del siglo o cien años de historia argentina* (de 1913, vale decir veinticinco años posterior), o si se quiere, trasladándonos a otro terreno, hasta el singular de *La patria blanca* (de 1921) o las *Fábulas nativas* (1924, esto es, de publicación póstuma), se diseña y profundiza una compleja y rica idea de la tradición en torno a la cual trabaja González en el mejor y más cabal sentido del vocablo. Reflexionó con hondura y autenticidad sobre el problema, analizándolo desde todas sus vertientes: históricas, sociales, políticas, religiosas, estéticas; y, desde otro ángulo, allegó materiales debidamente elaborados en el terreno artístico o interpretados en el conceptual; porque fue un creador y un pensador que con igual desenvoltura pasaba del plano de las intuiciones, al de los sentimientos o las ideas.

Contribuye a un mejor esclarecimiento de la posición de González su ubicación histórica; en tal sentido las atinadas observaciones de Diego F. Pró facilitan la tarea.² A juicio de Pró el autor de *Mis montañas* no sería exactamente un hombre de la generación del 80 (Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, José Manuel Estrada, Julio Argentino Roca, etc.) sino que pertenecería a la de 1896 (esto es, tendría mayores afinidades con hombres de la envergadura y significado de Juan Agustín García, José Nicolás Matienzo, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, y tantos otros). Sin compartir necesariamente el criterio generacional, el distingo de Pró permite entender las analogías —y sobre todo las diferencias— perceptibles entre González y sus contemporáneos inmediatos y mediatos; en el numen de la Universidad de La Plata se advierten influjos de carácter religioso y

¹ "El juicio del siglo o cien años de historia argentina" (1910), *Obras Completas*, t. XXI, pág. 101; todas las referencias que se hacen en adelante corresponden a esta edición.

² "Joaquín V. González en la historia del pensamiento argentino" en *Universidad*, n.º 56, Santa Fe, 1963.

metafísico que en los otros no se dan, pues agobiados estaban éstos por un positivismo de solidez tan rotunda en apariencia como de horizontes mezquinos y recortados. También serán otros los influjos señalables; el rastreo de referencias de autores y obras permitiría encontrar, en todos ellos, un fondo común, es cierto; pero convengamos que algunos señalarían la singularidad de la formación de González.

Un pasaje significativo de las primeras páginas de *La tradición nacional* nos indica con eficaz elocuencia sus preocupaciones, como así también sus métodos: “Es tiempo ya de empezar el análisis científico que procure arrancar la historia del dominio de las causas accidentales, transitorias o personales, para ensayar la deducción de leyes constantes o periódicas, radicadas, ya sea en los caracteres étnicos y territoriales invariables, ya en las propias enseñanzas del pasado más remoto, ya, por fin, en la sistematización de las ideas, principios o teorías expuestas por los escritores de la época, en todas las direcciones en que la masa nacional se ha agitado, ha evolucionado o ha marchado con rumbos más o menos conscientes”. (*Obras Completas*, t. XX, pág. 15).

Su concepto de tradición es rico y por lo demás dinámico, abierto a sucesivos enriquecimientos; no debe confundírsele con las ideas estáticas de los tradicionalistas de alas cortas y miopía avanzada y progresiva.³ Comprende la compleja dialéctica de los procesos que conducen los desarrollos históricos: “Esta doble avenida de cultura —una que viene del interior, más quieta, más conservadora, más estática, si puede decirse, y más adherida, por su relativo aislamiento, a las tradiciones del suelo y de la vida colonial; y la otra, más imbuida de las nuevas ideas recién irrumpidas sobre el suelo platense por la repentina apertura de sus puertos seculares, pero que empieza en Carlos III, se renueva con la invasión inglesa y es una ola rugiente con la Revolución misma, y en particular por ese voraz incendio universal que fue el 89 y el 93 en toda Europa— tiene su cálida cuenca de conjunción como dos ríos que hallan un solo lago, en el seno mismo de la Junta de Mayo”. (*Ibid.*, págs. 33-34). Criterio éste que desarrolla más adelante. De donde en modo alguno simplifica la formación del país, ni hace ingeniosos esquemas para justificar algunos de sus enunciados; esto entre otras cosas, le permite hablar de la “libertad política como función y poder social”. Tampoco se entretiene describiendo con cuidado lo que no se atreve a evaluar: “No es propósito de estas páginas referir sino juzgar hechos conocidos”.

³ Véase al respecto un artículo por nosotros publicado en *Ficción*, nos. 24-25, Buenos Aires, marzo-junio de 1960, bajo el título de “El signo de nuestra tradición”.

EL TRADICIONALISTA

Reconoce González que “si bien muchos filósofos hubieran dicho antes que cada pueblo debe darse las formas políticas que surjan de su naturaleza moral, su estructura étnica, su territorio, costumbres, antecedentes, tales doctrinas en el Río de la Plata eran por lo menos de reciente importación, y vivían diluidas en el inmenso mar de las filosofías teológicas inoculadas en las seculares aulas de las universidades de la colonia, que, hemos dicho ya, podían contribuir a crear y cimentar grandes caracteres, pero no a inspirar formas experimentales de gobierno”. (*Ibíd.* pág. 41).

Si hoy podría parecernos que González sobrestimó la importancia del elemento indígena en la conformación del país, es la de él reacción lógica y natural a la subestimación en que la época tenía al aborigen y sus aportaciones culturales. (Bartolomé Mitre ya lo había observado, y señalado sus discrepancias en la conocida carta que, a modo de prólogo corre frente a *La tradición nacional* a partir de su segunda edición y que, con buen criterio, aparece también en la de las *Obras Completas*, cuando subraya el papel de los criollos que aspiran a la emancipación “por sí y para sí”, no para “continuar a los indios ni restaurar el Imperio Americano... sino fundar esa civilización, continuación de la europea, sin sus privilegios y bajo el principio de la equidad humana”. La trama se teje con dificultades pues deben anudarse tres cabos diversos: americano, republicano y civilizado tal como lo entendía Mitre.)

Por entonces los hombres que piensan (o creen pensar con su propia cabeza) se apretujan y quieren ver el mundo a través del ojo del Río de la Plata; más aún, reducido a un punto de su dilatado litoral, Buenos Aires, y descuidan así cielo y tierra, desdeñando por momentos jactanciosamente los datos de la historia y la tradición. Es lo que piensa González cuando estampa estas palabras: “¡Qué matices tan nuevos y brillantes adornarían la musa nacional, si en vez de consagrarse a celebrar las glorias de ajenas civilizaciones o de culturas exóticas, volviera sus ojos hacia las selvas aún vírgenes y las llanuras desoladas donde reina ese silencio majestuoso de la inmensidad, o hacia las montañas agrestes, donde en cada valle, donde en cada lago oculto, donde en cada cumbre descubriría los poemas más divinos del amor, de la tristeza, del heroísmo nativo, de la vida pastoral...” (*Obras Completa*, t. XVII, pág. 41). Aunque idílica la visión, sus palabras sugieren una auténtica búsqueda de fuentes nutricias capaces de inspirar y consolidar el espíritu nacional.

Acatando lineamientos de un proceso histórico universal —y hay aquí una pizca de ingenuidad— cree que la América indígena debe ocultar todavía “un mundo literario” parangonable con las grandes epopeyas o tragedias, o

a los libros religiosos clásicos; una suerte de Biblia o Ramayana queda por descubrir, o por lo menos producciones de la jerarquía de las de Homero o Esquilo. Convencido parece de que debemos aguardar “la grande y espléndida revelación de la biblia americana, que veo ya brotar de las nieblas del pasado, como la explosión de luz de un nuevo génesis”. (*Ibid.*, pág. 51). Esto que parece intuirlo lo corrobora con las ideas del determinismo geográfico y biológico entonces en boga: “Si admitimos que razas de semejante organización psico-fisiológica, desenvolviéndose en medios semejantes, deben producir las mismas o parecidas manifestaciones externas o internas, y engendrar los mismos o parecidos sentimientos, creencias y facultades, es lógico deducir que la gran raza quichua ha tenido en formación, sino acabadas, sus tradiciones épicas, religiosas y sentimentales, y que como sus congéneres del antiguo oriente, vivió largos siglos envuelta en la atmósfera luminosa de sus divinidades, de sus semidioses, de sus cantos, de sus monumentos, que dan hoy a las ruinas que todos los pueblos veneran, el aspecto de un génesis destruido repentinamente por el capricho de su creador en el momento álgido de su elaboración deslumbradora”. (*Ibid.*, pág. 58). Desde luego que no podríamos admitir esa uniformidad de los desarrollos históricos, como así tampoco la fatalidad con que tendrían que darse ciertas y determinadas manifestaciones culturales; mas de todos modos esa convicción lleva a González a postular la dignidad de esas expresiones subestimadas en demasía, o postergadas frente al prestigio de las corrientes de moda. Comprendió así la importancia de uno de los elementos (el indígena) que configuran la formación pluralista de la sociedad y tradición nacionales, sin alucinarse con el prestigio de lo efímero. Aunque por momentos haya sobrestimado su papel, las ideas de González sobre la materia son de innegable fecundidad y señalan el rumbo de una meditación esencial sobre el país, sus hombres y su historia, dejando de lado esquemas ingenuos y distorsionadores de nuestra realidad como eran las teorías europeocéntricas que entonces gozaban de tanto predicamento que pretendían justificar su *natural superioridad* y, como reverso, asentar como algo fatal nuestra *natural inferioridad* de países marginales.

Pero tampoco se crea de lo que llevamos dicho que Joaquín V. González se acurruca pasivamente en el pasado, esperando la mostración repentina de lo ya hecho y cristalizado; convencido estaba también, por su parte, de que las edades futuras contribuirán a ese descubrimiento, no sólo desenterrando restos arqueológicos, exhumando viejos manuscritos o descifrando testimonios, sino creando; creación que se inspiraría en el paisaje, las tradiciones, el hombre y los sueños del Nuevo Mundo. Su posición frente al poema épico de Ercilla lo confirma.

EL TRADICIONALISTA

Algunas de las esperanzadas afirmaciones de la primera y segunda partes de *La tradición nacional* se nos ocurren un anticipo —como reclamo se entiende— de los mejores fragmentos del *Canto General* de Pablo Neruda. Tal por ejemplo, la evocación de los ríos de América:

“Amada de los ríos, combatida
por agua azul y gotas transparentes,
como un árbol de venas es tu espectro
de diosa oscura que muerde manzanas:
al despertar desnuda entonces,
eras tatuada por los ríos. . .”

ríos que se personalizan:

“Orinoco de agua escarlata,
déjame hundir las manos que regresan
a tu maternidad, a tu transcurso,
río de razas, patria de raíces. . .”

o poco más adelante:

“Amazonas,
capital de las sílabas del agua,
padre patriarca, eres
la eternidad secreta
de las fecundaciones,
te caen ríos como aves, te cubren
los pistilos color de incendio,
los grandes troncos muertos te pueblan de perfume,
la luna no te puede vigilar ni medirte.”

Luego será en Neruda el crepúsculo de la iguana; y vendrán después los pájaros, hasta culminar en la grandiosidad de las alturas de Macchu Picchu. Y serán los conquistadores, y las guerras, y los libertadores; entre ellos Lautaro, aquel cacique que

“Se hizo velocidad, luz repentina.
Tomó las lentitudes del otoño.
Trabajó en las guaridas invisibles.
Durmió en las sábanas del ventisquero.
Igualó la conducta de la flecha.
Bebió la sangre agreste en los caminos.

Arrebató el tesoro de las olas.
Se hizo amenaza como un dios sombrío.
Comió en cada cocina de su pueblo.
Aprendió el alfabeto del relámpago.
Olfateó las cenizas esparcidas.
Envolvió el corazón con pieles negras.
Descifró el espiral hilo del humo.
Se construyó de fibras taciturnas.
Se aceitó como el alma de la oliva.
Se hizo cristal de transparencia dura.
Estudió para viento huracanado.
Se combatió hasta apagar la sangre.
Sólo entonces fue digno de su pueblo.”

Canto General que se dilata y proyecta, lírico y vehemente, hasta nuestros días.

La exaltación del paisaje y de la epopeya que nos brinda Neruda convienen exactamente a la idea que de una expresión literaria de la América profunda creemos percibir en las por momentos retóricas páginas de *La tradición nacional*. Más que el descubrimiento de algo que González intuía debía estar dado, creemos lo habría conmovido íntimamente la presencia de un acto creador capaz de asumir el mundo físico y humano como acto de fe estético. Un abismo separa, como hombres y como artistas a González de Neruda; sería pueril pretender compararlos. A nuestro propósito baste subrayar que numerosos son los pasajes del *Canto General* que prueban la fecundidad, como tema de inspiración, que tienen las plurales dimensiones del Nuevo Mundo y sus tradiciones.

Pero González, lo anotamos ya, no sólo fue un teórico de un cierto credo estético, ni un reivindicador del pasado sino un hacedor y un sentidor del país. Entre muchas otras cosas que cabría señalar en el terreno de la creación (dejamos de lado, claro está, sus contribuciones como ciudadano a quien cupo tan significativo papel en el desenvolvimiento institucional y político de varias décadas), no podemos pasar por alto que enriquece la geografía literaria del país con *Mis montañas*, al brindarnos un testimonio que agrega un rincón espléndido del noroeste argentino al mundo de nuestras letras (por entonces harto recargadas de princesas, cisnes y marfiles), como lo hará Martiniano Leguizamón con la Mesopotamia a través de sus *Recuerdos de la tierra y Montaraz*; Ricardo Rojas con la Tucumania en el

EL TRADICIONALISTA

País de la selva; Ricardo Güiraldes con la pampa en su *Don Segundo Sombra*, etc.

El paisaje nacional, sus límites y características en el espacio físico y cierto dinamismo en el tiempo, deben ser redescubiertos por cada nueva generación. Tarea ineludible que necesita estar a cargo de los auscultadores ciertos de un país vivo (no de un mapa ni de una imagen estereotipada como la que surge de los tratados y manuales). Paisaje que con ojos inéditos percibió un Azara por ejemplo, sin anteojeras deformadoras en vísperas de la emancipación política, o Joaquín V. González en las últimas décadas de la centuria pasada, y primeras de la presente, al apartarse del modernismo literario y el cosmopolitismo político. La trascendencia del paisaje en su obra se comprenderá más claramente si tomamos en consideración su hondo y auténtico panteísmo, de noble raigambre religiosa y filosófica que él penetró con sagacidad y devoción ciertas. Mas el paisaje en modo alguno agota la realidad vivida; ésta debe complementarse con el hombre cuyos perfiles también redescúbranse permanentemente. En efecto, desde las páginas dedicadas al gaucho por el mencionado Azara hasta los criollos de *Mis montañas* y muchos otros trabajos de González, se repite idéntica hazaña, la de captar en hondura sus contornos precisos cuando los acontecimientos parecían contribuir a disgregar y dispersar esos perfiles antes de haber logrado "el sentimiento de la unidad territorial de la patria, lejos de solidificarse en una conciencia uniforme de todos los pueblos". (*Obras Completas*, t. XXI, pág. 65).

Otro tanto podríamos decir de la fauna y de la flora; tan abarcadora es su importancia en la obra del autor de *Fábulas nativas*, que bien podría hacerse un hermoso trabajo de análisis literario deteniendo la atención sólo sobre el significado del cóndor en su obra escrita. ¡Y qué decir de las ceremonias, de las costumbres, de los usos que registra con amorosa delectación!

González sintió con verdadera pasión el país; trabajó como ciudadano y como artista, en la conformación de una Argentina más rica; buscó su espíritu en las vertientes de la tradición, entendiéndola, no como algo dado definitivamente, sino como algo que se da y se hace simultáneamente; su amor por el pasado no es excluyente ni lo cierra a la apreciación de las fuerzas renovadoras; antes bien, insiste en la idea de tradición pues la considera capital para consolidar el país como unidad geográfica y política, administrativa y cultural, pero sobre todo humana. Su obra se inscribe así dentro de esa tesitura; y en ella y por ella adquiere un sentido verdaderamente fecundo.